

José Miguel Oviedo

**Historia de la literatura
hispanoamericana**

**2. Del romanticismo
al modernismo**

Alianza Editorial

Índice

8. El romanticismo y la gauchesca rioplatense	13
8.1. La larga hora romántica	13
8.2. La resistencia neoclásica: poetas, costumbristas y comediógrafos ...	19
8.3. Los «proscritos» argentinos	23
8.3.1. Echeverría, el iniciador	24
8.3.2. La obra y la acción de Sarmiento	30
8.3.3. Mármol y la novela romántica	39
8.3.4. Las polémicas de Alberdi	43
8.3.5. Los otros «proscritos»: Gutiérrez, López y Mitre	44
8.4. El desarrollo de la gauchesca	46
8.4.1. Los forjadores de la tradición gauchesca: Ascasubi, Del Campo, Lussich	50
8.4.2. La consumación de la gauchesca: el <i>Martín Fierro</i>	54
9. La expansión romántica en el continente	67
9.1. América romántica	67
9.2. El romanticismo cubano: poesía, teatro y cuento	69
9.2.1. Gertrudis Gómez de Avellaneda, la apasionada	72
9.2.2. El largo proceso de <i>Cecilia Valdés</i>	79
9.3. El historicismo de Galván	84
9.4. El romanticismo mexicano	87
9.5. La poesía de Pérez Bonalde, Caro y Pombo	95
9.5.1. Una novela paradigmática del romanticismo: <i>María</i>	101
9.6. Encuentros y desencuentros de dos románticos ecuatorianos: Montalvo y Mera	106

9.7. Palma y el arte de la tradición	115
9.8. El romanticismo chileno	124
9.9. Los cuentos de la Gorriti	127
9.10. Las postrimerías de la poesía romántica: Othón, Díaz Mirón y Zorrilla de San Martín	129
10. La transición hacia el realismo y el naturalismo	135
10.1. El positivismo y el descubrimiento de la realidad objetiva	135
10.2. Comienzos del realismo en Chile: Blest Gana	144
10.2.1. Otros novelistas chilenos: Barros Grez y Orrego Luco	150
10.2.2. Dos cuentistas: Lillo y Gana	152
10.3. La «Generación del 80» en Argentina: el Estado y los intelectuales ..	156
10.3.1. Eduardo Wilde: el escritor como <i>flâneur</i>	160
10.3.2. Recuerdo y testimonio en Cané y Mansilla	163
10.3.3. El sórdido naturalismo de Cambaceres	165
10.3.4. Dos trasplantados: Groussac y Hudson	172
10.4. El realismo-naturalismo uruguayo: Eduardo Acevedo Díaz y Javier de Viana	174
10.5. Federico Gamboa y otros narradores mexicanos	181
10.6. La huella naturalista en dos escritoras peruanas	187
10.7. Otros realistas en el resto del continente	193
10.8. Narradores populistas y costumbristas	197
10.9. Teatro rioplatense: del sainete a Florencio Sánchez	201
10.10. La vuelta al pasado: Carrasquilla	206
10.11. Dos ensayistas: Hostos y Justo Sierra	208
11. Albores del modernismo	213
11.1. Una cuestión de fondo	213
11.2. Martí: el artista como antena sensible	227
11.3. El mundo encantado de Gutiérrez Nájera	248
11.4. Julián del Casal o la salvación por el Arte	253
11.5. El oscuro dolor de José Asunción Silva	259
11.6. González Prada, artista y anarquista	264
12. Rubén Darío, Rodó y sus discípulos	277
12.1. Arte y magisterio de Darío	277
12.2. La ola modernista y el reflujo postmodernista	303
12.2.1. El vasto y complejo Lugones	304
12.2.2. Fama y olvido de Larreta	315
12.2.3. La América de Rodó	317
12.2.4. Los paraísos artificiales de Herrera y Reissig	325
12.2.5. El caso de Reyles	334
12.2.6. Ritmo y exotismo en Ricardo Jaimes Freyre	335
12.2.7. Dos protagonistas de la bohemia modernista: Blanco Fombona y Gómez Carrillo	338
12.2.8. El camino artístico de Díaz Rodríguez	343
12.2.9. Chocano, el gesticulador	345

12.2.10. Valencia: la traducción como creación	349
12.2.11. Los modernistas mexicanos	353
12.2.11.1. La tristeza de Urbina	353
12.2.11.2. La leyenda de Nervo	355
12.2.11.3. Exotismo y erotismo de Rebolledo	357
12.2.12. Otros modernistas	359
Bibliografía general	363
Índice onomástico	373

8. El romanticismo y la gauchesca rioplatense

8.1. La larga hora romántica

En el primer tercio del siglo XIX, el romanticismo llega de Europa y se propaga por toda América con una rapidez, intensidad y persistencia poco comunes, que lo convierten en el fenómeno literario más abarcador del siglo y en el de más larga duración. Sus márgenes cronológicos pueden establecerse entre 1830 y 1875, casi medio siglo en el que pasa de la eclosión y la novedad del impacto inicial a las formas ya fosilizadas y académicas del posromanticismo con las que languidece históricamente. Más que un movimiento nuclear, es una sucesión de capas o ciclos literarios protagonizados, a destiempo unos de otros, por dos y hasta tres generaciones de escritores. Esa prolongada trayectoria complica su perfil porque lo hace pasar por fases muy distintas, algunas ya totalmente alejadas de la idea original. Por cierto, el romanticismo no es sólo un fenómeno literario, sino que desata una renovación de las artes y de la sensibilidad general que los americanos recogen y adaptan a circunstancias culturales diferentes de las que les dieron nacimiento en Europa. Por eso quizá sea necesario establecer cuál es el romanticismo que nos llega y distinguirlo del que luego se asimila y se transforma en América.

El racionalismo del pensamiento ilustrado y los ideales de serenidad y apacible belleza del neoclasicismo literario (caps. 6 y 7) se apoyaban en un

criterio de autoridad cuyo valor era objetivo y cierto: estaban depositados en una tradición situada más allá de los fueros del poeta y el artista. La crisis que da origen, en el último tercio del XVIII, al romanticismo europeo refleja la insuficiencia de ese orden estético, y comienza como una revuelta —que se transformará luego en una revolución— lanzada en nombre de lo subjetivo, lo irracional y lo imaginativo. Es una reacción contra una concepción normativa e inmutable del arte, y una exaltación de las potencias de la fantasía individual y de las formas autóctonas con las que cada pueblo se expresa artísticamente. La oposición clasicismo/romanticismo es, a la vez, un fenómeno histórico que define la transición del siglo XVIII al XIX y una polaridad que siempre había estado presente —implícita o explícitamente— en la evolución del arte occidental: los principios «Clásico» y «Romántico», según los hermanos Schlegel (o «Apolíneo» y «Dionisiaco», según Nietzsche), son actitudes constantes del espíritu humano, que a su vez están asociadas a la herencia pagana y la cristiana, respectivamente. La crisis que se desata en las fechas señaladas revela un violento desplazamiento y un cambio en esa vieja pugna, marcados por la urgente necesidad de la máxima libertad creadora, principio esencial para entender el romanticismo donde aparezca. La conquista de este principio, que forma parte indisoluble de nuestra tradición presente, es su más definitivo aporte.

Desde sus remotos inicios en Alemania, donde es desencadenado por el brillante movimiento *Sturm und Drang* como una exaltada defensa de las licencias poéticas y la fusión de las artes, y en Inglaterra, donde se manifiesta como una fascinación por lo misterioso, pintoresco y legendario, el romanticismo se afirma como una visión «sublime» —esa palabra es clave en su vocabulario— de la posición del hombre en el cosmos, que frecuentemente se asocia con lo místico y sobrenatural. La majestuosidad de la Naturaleza, los enigmas de la muerte y las contradicciones que agitan el alma humana son indicios de que nuestro destino se juega en una esfera superior a nuestras propias fuerzas y ante la cual no podemos sino abismarnos.

De Alemania e Inglaterra, la chispa romántica se propaga rápidamente a España y Francia, donde se convertirá en un verdadero programa literario con sus propagandistas y líderes, y de allí emigrará al resto de Europa, llegando tan lejos como a Rusia, con Pushkin y otros grandes poetas. Para Hispanoamérica, su paso y establecimiento en España es decisivo, porque el romanticismo hispano, junto con el francés, serán las dos fuentes más poderosas de influjos y modelos, aunque el segundo sea más visible en los momentos inaugurales del romanticismo americano. (El hecho

de que la fecha inicial de este romanticismo anteceda por tres años la del estreno del drama *Don Álvaro o la fuerza del sino* [1835], del Duque de Rivas, ha hecho pensar a los críticos que el romanticismo en América se adelantó al peninsular, lo que es inexacto: esa obra no es el comienzo del movimiento en España, sino el emblema de un proceso que se inicia bastante más temprano.)

Esta diáspora de la idea romántica es un proceso inevitable de la misma, que sostenía una estrecha relación entre la literatura y las variantes propias del espíritu de la época (*Zeitgeist*) y del de cada pueblo (*Volksgeist*): roto el dique de la unidad clásica e intemporal, el romanticismo debía fragmentarse y reflejar las peculiaridades de las naciones que lo adoptasen. De este modo, el movimiento se mantuvo fiel a sí mismo y, a la vez, se transfiguró en una pluralidad de formas y propuestas que inevitablemente fueron alejándose de la idea original y fusionándose con otras. En su largo viaje desde Europa, el espíritu romántico confirma u olvida ciertas notas que le dieron el impulso inicial: el trasplante no es una mera importación. Aunque la imitación mecánica sea parte del proceso (y uno de sus más persistentes males), también había en este continente una real necesidad de un cambio profundo tras el predominio de la Ilustración. El sistema colonial había desaparecido casi enteramente y los antiguos virreinos eran ahora naciones que trataban de afirmar su identidad y definir su cultura para saber quiénes eran o para seguir siéndolo: las mentes americanas percibieron la idea romántica como un instrumento providencial para sus grandes proyectos —un estilo nuevo para una situación nueva—. Eso es seguramente lo que explica la fuerza con la que se arraiga entre nosotros. Cuando pasa a América, ya es muy distinto de lo que fue a fines del XVIII y, sobre todo, se implanta en una realidad histórica y cultural que, en efecto, era ajena a la europea.

El romanticismo tuvo, pues, que adaptarse a un conjunto de circunstancias, demandas y expectativas totalmente diferentes. Ése es el fenómeno que llamamos «romanticismo hispanoamericano»: un desprendimiento del primero, pero que sigue una dinámica de signo propio y direcciones inicialmente no previstas. La principal circunstancia nueva era el mismo proceso de emancipación por el que la mayoría de los países hispanoamericanos acababa de pasar, enfrentándolos a la tarea de establecer las bases sobre las cuales iban a emprender su vida independiente. Una certeza general los unificaba: la de que sólo podían existir y prosperar como naciones poniéndose bajo el amparo de las garantías y derechos proclamados por el liberalismo. Tras varios siglos de sometimiento colonial ante España, había un movimiento irresistible hacia la libertad en las comunidades